

TERCERA PARTE.
—
EL IMPERIO.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPILLA ALONSO
VANGUARDIA 17110

JÁLTIPAM.

Ocupación de Acayúcam.—Se hace prisioneros á varios particulares, para deportarlos á la Martinica.—Intentona de las fuerzas republicanas para rescatarlos.—Deserción del Capitán Beltrán de Arias.—Albazo.—Muerte del Suizo Steicklin, jefe de la expedición.—Primeras medidas dictadas por el General García.—Debilita la defensa de la costa.

I

CON el relevo del Coronel Lazcano quedaron satisfechas la mala voluntad de unos y la ambición de otros, que aprovecharon la oportunidad para rodear al nuevo Jefe y encerrarlo en un círculo vicioso, saturado con los maléficos miasmas de la adulación, y hacerse los necesarios á título de amigos desinteresados y patriotas sinceros; pero en realidad por mera conveniencia particular, en que el desinterés y el patriotismo entraban como causas secundarias y no como agentes principales.

Escribimos historia y en ésta debe lucir siempre la verdad, por más que siempre sea penoso exponerla para dejar los hechos en su verdadero punto de vista.

Fuimos amigos del General García, pero no amigos incondicionales, y le agradecemos testimonios de amistad en lo privado, y suma confianza en el servicio público: excelente en el fondo, verdadero patriota y entusiasta progresista, carecía,

sin embargo, de ciertas aptitudes para ejercer el mando supremo. De carácter débil, suspicaz y receloso, sus actos públicos se resentían de la influencia que sobre él ejercían sus amigos, sobre todo ciertos amigos que lo asediaban y lo acechaban sin abandonarlo jamás, halagando su vanidad y adulándolo, á lo cual, por desgracia era afecto, constituyendo *su lado de morir bien*. De esta manera obtenían de él cuanto deseaban, bueno ó malo para la generalidad de sus gobernados. Esto, unido á la precipitación, ligereza y arrebató con que por lo general trataba y resolvía asuntos aun de difícil resolución, sin consejos de la razón, del juicio y del criterio, hacía que muchas veces cometiera actos verdaderamente reprochables, que solía revocar si en esos momentos alguno de sus verdaderos amigos hería fuertemente su imaginación, invocando en auxilio de la víctima sus sentimientos nobles y generosos. Sólo así se explica el fusilamiento de un infeliz rebocero *arribeño*, sin formación de causa ni averiguación de ninguna clase, sólo porque una mujer aseguró que había tratado de robarle un *cachirulo* de carey y oro, que según dicho de personas bajo todos aspectos verídicas, ni siquiera tuvo en sus manos el presunto ladrón, sino que al tropezar con la quejosa, se le había caído de la cabeza al suelo, de donde aquél lo recogió para entregárselo. Sólo así se explica también la orden de prisión que dió contra D. Ramón Miravete, antiguo Jefe del ejército liberal, que pasaba por Tlacotalpam por asuntos de familia, y orden de pasarlo por las armas como *traidor*, sólo porque llevaba el mismo apellido de un oficial que desertó de las filas republicanas pasándose á los franceses. No conocía ni á uno ni al otro, pero como alguien dijera "ahí va Miravete," montando en cólera ordenó la prisión, que se efectuó luego en medio de la calle: afortunadamente no faltó quien lo hiciera salir de su error salvándose aquel caballero. Así se explica, por último, la orden de arresto y conducción á Tlacotalpam del rico hacendado D. Manuel Pérez Hermita, acusado por sus enemigos de haber dado albergue por una

noche en sus posesiones de Montepío á dos ó tres oficiales españoles, servidores del Imperio, que yendo para Tabasco naufragaron en la costa, y fueron arrojados moribundos á la playa, por las corrientes del mar.

Estos y otros casos más ó menos reprochables, hicieron al fin que se desprestigiara casi completamente á muy poco tiempo de haberse recibido del mando, pudiendo apenas atenuarlos los no pocos favores que dispensó á muchos, y las mejoras que emprendió á favor de Tlacotalpam, que era su población predilecta.¹

La relación de los hechos que vamos á referir, escrita con rigurosa exactitud, y leída con todo detenimiento, confirmarán lo que hemos dicho en uno y en otro sentido, y de ello se vendrá en perfecto conocimiento que en lo relativo á los acontecimientos del orden militar, caminamos con desgracia, debiéndose los triunfos obtenidos, no á la dirección general, sino al entusiasmo, al brío y á la decisión de los jefes subalternos y de los oficiales y tropa de los cuerpos, que jamás desmintieron la reputación de *buenos* que desde el principio de la campaña se supieron conquistar.

Las primeras disposiciones de la nueva administración fueron tan desacertadas como llenas de peligros para la seguridad del territorio costero, y la fase de la línea militar de So-tavento, bajo el punto de vista de la defensa nacional, sufrió cambios tan radicales como desfavorables al objeto.

La disolución de la "Sección Ligera," cuyo contingente se componía de las guardias nacionales de Tlalixcóyam y pueblos inmediatos, importaba un verdadero peligro para asegurar la entrada por Omealco, llave de la costa por ese rumbo, y cuya defensa había confiado el General Díaz al General

¹ Al General García debió Tlacotalpam el título de Ciudad, la construcción del puente de mampostería que lleva su nombre, y el gracioso Jardín que existe en la plaza principal. El comercio y los artesanos también le debieron mucha protección, pues en su época volvió á tener auge y valor la feria anual del 2 de Febrero, que había decaído mucho en años anteriores.

Cuellar, que acampaba á inmediaciones del puente del mismo nombre, con la pequeña sección que llevó del interior del país. La destrucción y abandono del campamento de "Buena Vista," dejaba abierta la puerta al enemigo desde Minatitlán hasta los Tuxtles y Cosamaloápam; y la retirada de la mayor parte de la guarnición del de "Conejo," hacía difícil el sostenimiento de éste si era atacado á la vez por el río y por retaguardia, como debía presumirse que sucediera el día que el enemigo intentara una ocupación formal.

A los soldados de la "Sección Ligera" se les envió á sus casas: las tropas de "Buena Vista" se hicieron ir á Tlacotalpam en parte, y otra se retiró á los Tuxtles, dando de baja á la caballería de una manera tácita: de las de la guarnición de "Conejo," unas retornaron á Tlacotalpam y otras á Cosamaloápam "en asamblea;" y en cuanto á los jefes y oficiales de todas estas fuerzas, unos se marcharon á sus hogares retirados completamente del servicio,¹ y otros quedaron *suellos* ó agregados á las Proveedurías ó al Estado Mayor, ó campeando por su cuenta, porque no tenían colocación determinada.²

Comencemos la narración de los hechos.

II

En los primeros días del mes de Agosto de 1863, no ya una cañonera sino una escuadrilla francesa ocupó el río de Minatitlán, conduciendo al famoso Suizo y su caballería y á algu-

¹ Entre los jefes que se retiraron por no avenirse á las disposiciones de la nueva administración, se contaron el Coronel D. Pedro García Ortiz, el Teniente Coronel D. Manuel Echeverría, los Comandantes D. Valentín Moscoso y D. Indalecio Mendoza, y el Capitán de Ingenieros D. Francisco Arellano, y algún tiempo después el Comandante D. Joaquín G. Güido.

² Los Comandantes D. Juan Enríquez, D. Guillermo Palomino, D. Guillermo Vélez, D. J. Smith y otros de los que combatieron en el sitio de Puebla y habían pasado á Tlacotalpam, pidieron su pase para marchar á Oaxaca y servir á las órdenes del General D. Porfirio Díaz, Jefe superior de todas las fuerzas de Oriente.

nos traidores, y soldados franceses, *cumplidos*, que en lugar de embarcarse para su patria, se engancharon en Veracruz para continuar haciendo la guerra á México por su cuenta y riesgo. La ocupación se verificó sin ninguna clase de obstáculos ni dificultades, y el Suizo con su caballería avanzó hasta Acayúcam, causando la alarma y el espanto que él y los suyos infundían por sus antecedentes y su reputación de malvados.

Sabedor el General García de este avance del enemigo, hizo salir violentamente una pequeña sección de tropas de infantería para que se situara en Quiamolópam, punto situado á corta distancia de Acayúcam, y él con parte de su Estado Mayor y dos compañías del batallón "Zaragoza" emprendió la marcha al siguiente día, llegando el 13 á "Corral Nuevo." El tiempo era inclemente, pues no cesaba de caer la lluvia fuertemente: allí tuvo noticias de que en Acayúcam estaban doscientos hombres de infantería del enemigo, al mando del Barón Milton;¹ y á pesar del mal tiempo, hizo que se prosiguiera la marcha para reforzar á la pequeña sección de Quiamolópam, que podía ser sorprendida y derrotada, puesto que el citado punto no era á propósito para una formal resistencia, siendo corto el número de sus defensores.

Entre siete y ocho de la noche llegó García con la tropa en el estado más deplorable, sobre todo esta última: fatigada, hambrienta, mojadas las ropas y llena de lodo: los soldados necesitaban descanso y reposo para estar útiles á todo evento. Apenas habría transcurrido media hora cuando se presentó un prófugo de la plaza ocupada, manifestando que se habían hecho algunas prisiones entre algunos de los principales vecinos, como el Diputado á la Legislatura del Estado D. Francisco Cabrera, el Cura párroco Sandoval, los comer-

¹ Este Barón Milton no formaba parte del ejército invasor. Antiguo vecino de Minatitlán, había contraído matrimonio con una hija de D. José M. Torres, y durante la época del Coronel Lazcano vivía retirado en Chinameca, sin tomar participio alguno en cuestiones de política.

ciantes Pereira y Román, los industriales hermanos Limón, y otros más á quienes el Suizo debía conducir á Minatitlán para deportarlos á la Martinica.

El General García, á quien pudo tachársele de poco entendido en asuntos de administración, y que á pesar de su ligereza y arrebató poseía en alto grado los sentimientos de patriotismo y de amor á la República, en un arranque de entusiasmo generoso dispuso disputar la posesión de los prisioneros al enemigo que los escoltara al vecino puerto. La tropa, acogiendo con orgullo la idea, olvidó el cansancio y la fatiga con tal de ir al socorro de sus compañeros, y se prosiguió la marcha cerca de las diez de la noche, por el camino de la "Yegnada," vereda que, rodeando á Acayúcam, va á salir á las inmediaciones abajo de Jáltipam.

Era más de media noche cuando la tropa llegó, sin murmurar una palabra durante la penosa caminata emprendida entre baches y lodazadales, y con el mayor sigilo ocupó á Jáltipam, guareciéndose la infantería en los corredores de las casas que encuadran la plaza de armas, y el General con su Estado Mayor en la del Sr. D. Francisco Venero, acaudalado comerciante español, que en todas épocas se portó con la lealtad y desinterés de un buen mexicano, siquiera lo fuera por adopción.

La escolta del General en Jefe, compuesta de veinte ginetes de Tlacotalpam al mando del Teniente D. José Lili, fué á situarse al crucero donde el camino se bifurca en dirección de Minatitlán y de otros pueblos inmediatos; y una guardia de granaderos de "Zaragoza" ocupó un pequeño y poco elevado montículo que flanquea el camino para Acayúcam, á poca distancia, tras la capilla de la población. El Capitán Beltrán de Arias que conocía todas estas localidades, condujo á la caballería de Lili, quedando como jefe accidental de ella; y el Capitán de Estado Mayor D. Cayetano Rodríguez se hizo cargo de la avanzada de infantería.

Así se creyó que quedábamos á cubierto de toda sorpresa,

en espera del nuevo día para disputar el paso del enemigo y arrancarle los prisioneros que conducía al destierro.

Empero á nadie se le ocurrió indagar si la traslación de éstos se había efectuado ya, ó si tendría lugar al siguiente día.

Los sucesos vinieron á demostrar á este respecto, que la expedición resultaba extemporánea, siendo lo demás que aconteció meramente accidental.

Dos horas después el silencio era completo, todos, oficiales y soldados, rendidos y fatigados, dormían profundamente; sólo se oía de vez en cuando el "alerta" que á media voz daban los centinelas apostados en la avanzada y en los corredores de las casas que servían de abrigo á la tropa.

III

En un vasto salón laboratorio de la casa del Sr. Venero reposaban también, completamente vestidos y armados, el General García y sus ayudantes: el silencio era allí tan profundo como en la población: afuera se oía el resoplar de los caballos que, floja la montura y el freno á la cabeza de la silla, permanecían atados á los gruesos pilares del corredor de la calle. El cielo, obscuro y tempestuoso, amenazaba una espesa *neblina*, á juzgar por la humedad que se desprendía de la atmósfera.

Repentinamente se oyó allá á lo lejos, muy á lo lejos, sobre el camino de Minatitlán, la detonación de un arma de fuego, seguida de dos ó más á cortos intervalos. Uno de los ayudantes del General se puso en pie de un salto, y despertó en el acto á sus compañeros y al mismo General en Jefe, quienes á su vez oyeron las detonaciones que se siguieron á la primera que se había escuchado.

Todos corrieron á tomar sus caballos, saliendo al medio de la calle desde luego los Comandantes Guido, Enríquez y Terrán, y el mismo Capitán que los había despertado.

La neblina era ya densísima, espesa, oscura: á diez pasos de distancia no se veían las gentes; pero pudo notarse, sin embargo, por ese rumor peculiar á las tropas que se alinean en formación, que la infantería estaba sobre las armas, ocupando los corredores, en espera de órdenes: desgraciadamente ni el General en Jefe, ni el Mayor de órdenes se encontraban en ninguna parte para darlas! Esto no debe extrañarse: es muy frecuente en los "albazos" esta confusión, debida á lo inesperado del ataque y á la somnolencia de la tropa que se despierta teniendo á su frente un enemigo que no se esperaba.

Las detonaciones continuaban escuchándose con más percepción y más frecuencia; y ya se oía de una manera distinta el ruido de muchos caballos que galopaban en dirección al pueblo, viniendo del lado de Minatitlán; pero la cuestión era que la neblina no permitía ver quiénes eran los que venían y cómo llegaban: si Lili con su caballería, perseguido por el enemigo, ó éste acosado por aquél.

Perseguidos y perseguidores, formando casi una sola masa, entraron á todo escape en la plaza, haciéndose fuego mutuamente, sobre la carrera; y el humo de los disparos, aumentando más la densidad de la neblina, sólo permitía ver los fogonazos, rojos y ardientes, ú oír el silbido de las balas que se perdían en el espacio. Al pasar muy cerca del grupo que formaban los cuatro ayudantes del General en Jefe, los que corrían delante hicieron una descarga sobre ellos casi á quemarropa, á la cual contestaron con sus pistolas el Comandante Terán y el Capitan X....., pues Enríquez y Güido habían caído á tierra: no estaban heridos, sin embargo: al primero lo había arrojado su cabalgadura, que, asustada con los tiros, dió un rebote, cogiéndolo desprevenido; y al segundo le habían matado su caballo, perforándole la frente de un balazo.

Esa descarga hizo comprender que los que iban delante eran de la caballería enemiga, que sin duda buscaban salida para Acayúcam; mas como Lili los perseguía muy de cerca y

los empujaba hácia el centro de la plaza para que la infantería pudiera hacer fuego sobre ellos, oblicuaron á su derecha para escapar por el mismo camino que habían traído nuestras tropas. Lili les ganó la vanguardia haciéndoles fuego de frente, en tanto que un pelotón de infantería comenzó á tirarles de flanco, viéndose obligados á retroceder, no obstante que ya habían salido del radio de la población; y acosados y rabiosos, sin poder avanzar porque los nuestros les habían ganado el terreno para cortarles la retirada, se revolieron con el brío de la desesperación á la voz de mando del que iba á su frente, encontrándose entonces detenidos por la avanzada que ocupaba el montículo, al mando del Capitán Rodríguez.

No se detuvieron ante este obstáculo: levantando las riendas de su caballo el que iba delante, é imitándolo los demás, embistieron á la avanzada que estaba formada en semicírculo, y los esperó á pie firme con el fusil á la cara; y cuando los sables alzados sobre la cabeza iban á medio camino de la pequeña altura, se oyó clara, precisa y distinta la voz del Capitán Rodríguez, que mandó: "¡Granaderos, fuego!" produciéndose la detonación de una descarga cerrada, que dejó tendidos en tierra más de la mitad de los ginetes asaltantes, en tanto que el resto, retrocediendo al camino de Cosoleacaque, escapó por este rumbo siempre perseguido por Lili, dejando aún en el trayecto recorrido algunos hombres que se revolcaban en su sangre, heridos por el fuego de la infantería que cubría el caserío de la derecha.

Luego ya no se distinguió ni el ruido de los que huían, y Lili retrocedió para no empeñarse en un camino y en terrenos que le eran totalmente desconocidos.

La neblina comenzó á desvanecerse á los primeros rayos del sol, y entonces pudo reconocerse el lugar de aquel inesperado encuentro. Varios hombres y algunos caballos menos, muertos; ningún herido, y cerca del montículo, á unos cincuenta metros de distancia, el Jefe de ellos, que tenía rotos el brazo izquierdo y el hombro, y atravesado el corazón.

El Capitán X..... y el Capitán Güido lo reconocieron en el acto.

Era el Suizo.¹

IV

El Capitán Beltrán de Arias había desaparecido.

Según el parte del Teniente Lili, luego que hubo apostado los centinelas de la gran guardia, le manifestó que estando muy cerca del lugar donde residía su familia, iba á verla y que regresaría dos horas más tarde; pero que cuando creía que sería el mismo Beltrán de Arias un ginete que avanzaba al parecer solo, por el mismo camino que aquél había llevado, quedó altamente sorprendido al contestar el "¡quién vive!" haciendo fuego y dando la voz de "¡á ellos!" á una fuerza que lo seguía: que comprendiendo que era el enemigo, lo dejó pasar sin resistencia, más bien llevado por la impetuosidad de su carrera, y haciendo fuego á su vez, luego que pudo ponerse en aptitud para perseguirlo, como lo hizo, contestando sus tiros sin dejar de correr; y que en cuanto al Capitán Arias no lo había vuelto á ver.

¿Fué un traidor? ¿Fué acaso sorprendido y aprisionado? Ya hace muchos años que murió y nunca se supo la verdad de lo acontecido: la primera noticia que de él se tuvo, algunos meses después, fué la de que estaba en Veracruz como ayudante de una escuela municipal.²

¹ La pistola, una cartera con papeles sin importancia y una cruz que llevaba, le fueron entregados al General García, quien á solicitud que después hizo las entregó á la viuda de Steicklin.

² Acusado cuatro años más tarde ante una logia masónica de Veracruz por este hecho, quiso sincerarse del cargo, manifestando: que en efecto, luego que situó convenientemente la avanzada, y creyendo, como todos creían, que el enemigo estaba en Acayúcam, había ido á ver á su esposa é hijos que residían cerca: que al oír los tiros montó á caballo, pero que cuando llegó al cruce ya era tarde, y pudo ver llegar á los fugitivos que quedaban del enemigo; que conocedor de la suerte que le estaba reservada si era aprehendido por los nuestros, resolvió trasladarse á Minatitlán y de ahí á Veracruz.

Muy recientes aún los acontecimientos políticos, pues hacía pocos meses que

V

Los prisioneros de Acayúcam habían sido llevados á Minatitlán en el mismo día de su aprisionamiento, y cuando el Suizo sorprendió á nuestra avanzada regresaba á incorporarse con las fuerzas de Acayúcam para avanzar sobre los Tuxtles.

Dos horas después de terminado este encuentro favorable accidentalmente á las armas de la República, y habiéndose dado sepultura á los cadáveres en el cementerio de la población, el General García dispuso la retirada de nuestras fuerzas hasta "Corral Nuevo," punto que ofrecía mejores elementos para acampar y mejores medios de defensa. No pudiendo permanecer en Jáltipam, porque se hubiera encontrado encerrado entre las guarniciones de Acayúcam y de Minatitlán, esperó allí el resultado de los acontecimientos.

El Barón Milton permaneció en Acayúcam un mes más, replegándose luego á Minatitlán en espera de un nuevo Jefe superior francés que debía llegar de Veracruz para hacerse cargo de las operaciones militares en esta parte de la costa; y á su vez una sección de doscientos hombres al mando del Teniente Coronel Carrión avanzó hasta Cosoleacaque para observar los movimientos del enemigo.

El resto de la infantería, lo mismo que el General en Jefe y su Estado Mayor, continuó hasta Tlacotalpam, precedida de la caballería; declarándose esta población residencia oficial del Gobierno político y militar de la costa de Sotavento.

las fuerzas republicanas habían ocupado esta ciudad (1867), no dejó de influir de una manera desfavorable para Beltrán de Arias la acusación hecha, por más que confesaba que había cometido una falta, pero jamás una traición; y esto, y sucesos de familia que no nos es dado referir, hicieron que á poco tiempo se trasladara á "Paso del Macho," donde desempeñó el cargo de Director de la escuela de varones de la localidad, falleciendo algunos años más tarde, sin haberse podido sincerar de todos los cargos, tanto del orden público como del orden privado, que sobre él pesaban.